

WALTER LIPPMANN

LA OPINION PUBLICA



WALTER LIPPMANN

La opinión pública



COMPAÑÍA GENERAL FABRIL EDITORA

SOCIEDAD ANONIMA

BUESOS AIRES

Título del original inglés:
PUBLIC OPINION

©1949 by *Walter Lippmann*

All rights reserved-no part of this book may be reproduced in any form without permission in writing from the Publisher, except by a reviewer who wishes to quote brief passages in connection with a review written for inclusion in magazine or newspaper.

Traducción de
SYLVIA MOLLOY

A Faye Lippmann

IMPRESO EN LA ARGENTINA

PRINTED IN ARGENTINA

Queda hecho el depósito que previene la ley número 11.723.
© 1964 by COMPAÑÍA GENERAL FABRIL EDITORA,
S. A., Bs. As.

"- Imagínate a seres humanos que vivan en una cueva subterránea por cuya entrada se filtre la luz exterior; que estos seres hayan permanecido allí desde su infancia con sus piernas y cuellos encadenados de tal manera que no se puedan mover ni volver el rostro, mirando siempre hacia adelante. Imagínate que detrás de ellos brille, a cierta altura, el resplandor de una fogata, y que entre el fuego y los prisioneros cruce un camino escarpado. Figúrate a lo largo de este camino una tapia semejante a la pantalla que los titereros levantan entre ellos y sus espectadores para ocultarles los secretos de las maravillas que les enseñan.

- Lo veo.

-Imagínate, ahora, a hombres que pasen ocultamente por detrás de la tapia transportando sobre ella vasijas que se proyectan en la pared interior de la cueva, así como también, figuras de hombres y animales realizados en madera y en piedra, y, como habría de esperarse, que algunos de estos hombres conversen y otros permanezcan en silencio.

-Este cuadro es singular y los prisioneros extraños.

-Tan extraños como nosotros. Ellos ven solamente sus propias sombras que la luz proyecta sobre la pared interior de la cueva.

-Eso es verdad. ¿Cómo atinarían a ver otra cosa que sus sombras si no les es permitido volver el rostro?

- ¿Y no crees que de los objetos transportados sólo verían sus sombras?

-Ciertamente.

-Y si pudieran hablar entre ellos, ¿no convendrían mutuamente en dar a las sombras el nombre de las cosas mismas que representan?"

PLATÓN. "La República", Libro VII.

Primera Parte

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO PRIMERO

EL MUNDO EXTERIOR Y NUESTRAS IMÁGENES MENTALES

1

Hay una isla en el medio del océano donde vivían, en 1914, algunos ingleses, franceses y alemanes. El telégrafo no llega a la isla y el paquebote británico pasa cada sesenta días. Todavía no había llegado el mes de septiembre y los isleños aún comentaban el último periódico con noticias del próximo juicio de la señora Caillaux, la asesina de Gastón Calmette. Así fue que un día, a mediados de septiembre, se reunió toda la colonia en el muelle, con más entusiasmo que el de costumbre, para oír de boca del capitán cuál había sido el veredicto. Se enteraron, en cambio, de que, desde hacía más de seis semanas, los ingleses y franceses, defendiendo la inviolabilidad de los tratados, se hallaban en guerra con los alemanes. Durante aquellas seis extrañas semanas se habían comportado como amigos, cuando en realidad eran enemigos.

Sin embargo, el problema de estos hombres no era tan distinto del de la mayoría de los habitantes de Europa. Para ellos el error había durado seis semanas: en el continente, el intervalo fue quizá tan sólo de seis días, o de seis horas, pero también hubo intervalo. Durante un momento, la imagen de Europa, según la cual los hombres manejaban como de costumbre sus asuntos, no correspondió para nada a la Europa que estaba por sembrar el desorden en sus vidas. Para cada hombre hubo un período de tiempo durante el cual se encontró aún adaptado a un ambiente que ya no existía. Por todo el mundo, y hasta en fechas tan tardías como el 25 de julio, los hombres seguían fabricando mercaderías que ya no podrían exportar, compraban otras que les sería imposible importar, proyectaban estudios, consideraban negocios, vivían esperanzados y a la expectativa, siempre en la creencia de que el

mundo que conocían era el mundo real. Confiando en la imagen mental que de él se hacían, hasta escribían libros para describirlo. Y luego, pasados más de cuatro años, un jueves por la mañana, llegó la noticia del armisticio, y la gente pudo, por fin, manifestar un alivio inefable al saber que la matanza había acabado. No obstante lo cual durante los cinco días que precedieron al armisticio efectivo, y a pesar de que se hubiese celebrado ya el fin de la guerra, murieron aún varios miles de jóvenes en los campos de batalla.

Mirando hacia atrás vemos cuán indirecto es nuestro conocimiento del ambiente en el cual vivimos. Las noticias nos llegan a veces con rapidez, otras veces con lentitud, pero tomamos lo que creemos ser una imagen verdadera por el ambiente auténtico. Resulta más difícil aplicar esto a las creencias que rigen actualmente nuestros actos, pero en lo que se refiere a otros pueblos y a tiempos remotos, pretendemos que es fácil saber cuándo se tomaba absolutamente en serio lo que sólo eran imágenes ridículas del mundo. Gracias a nuestra visión a posteriori, insistimos en que el mundo, tal como deberían haberlo conocido esos pueblos, y el mundo tal como en efecto lo conocieron, fueron a menudo dos cosas completamente contradictorias. Vemos también que, mientras gobernaban y luchaban, mientras comerciaban y pretendían realizar reformas en el mundo que ellos imaginaban, obtenían resultados, o no los obtenían, en el mundo tal como era de verdad: salieron en busca de las Indias y descubrieron a América; diagnosticaron al maligno y quemaron ancianas; creyeron que podrían enriquecerse vendiendo siempre sin comprar nunca; un califa, obedeciendo a lo que él tomaba por voluntad de Alá, quemó la biblioteca de Alejandría.

Alrededor del año 389, San Ambrosio cita en sus escritos el caso del prisionero de la caverna de Platón que se niega resueltamente a dar vuelta la cabeza. “La discusión sobre la naturaleza y la posición de la tierra no contribuye en nada a nuestra esperanza de una vida futura. Basta saber lo que afirman las Escrituras: ‘Dios cuelga la tierra sobre la nada’ (Job, XXVI, 7) ¿Por qué entonces discutir si Dios colocó la tierra en el aire o en el agua, e iniciar una controversia sobre la manera en que el aire liviano puede sostenerla, o, si fue colocada sobre las aguas, razón por la cual no va a estrellarse contra el fondo?... No es porque se encuentre en el centro, como suspendida en equilibrio, que la tierra permanece estable por encima de la inestabilidad y del vacío, sino porque la majestad de Dios la obliga a ello por la ley de Su voluntad.”¹

No contribuye para nada a nuestra esperanza de una vida futura, basta saber lo que afirman las escrituras, no vale la pena

discutir... Sin embargo, un siglo y medio más tarde la opinión seguía perturbada, en esta ocasión por el problema de los antípodas. Se le encargó entonces a un monje llamado Cosmas, famoso por sus triunfos científicos, que escribiera una topografía cristiana, u “Opinión cristiana sobre el mundo”.² No hay duda que Cosmas sabía exactamente lo que se esperaba de él, pues basó todas sus conclusiones sobre su interpretación de las Escrituras: el mundo es un paralelogramo chato, dos veces más ancho de este a oeste que de norte a sur; en el centro está la tierra, rodeada de océano, el cual, a su vez, está rodeado por otra tierra donde vivían los hombres antes del diluvio; de esta otra tierra zarpó Noé; en el norte se encuentra una elevada montaña cónica, alrededor de la cual giran el Sol y la Luna; cuando el Sol se esconde detrás de la montaña es de noche; el cielo está pegado a los bordes de la tierra exterior y consta de cuatro altas paredes que se encuentran en un techo cóncavo, de manera que la tierra es el piso del universo; hay un océano del otro lado del cielo que forma “las aguas que están sobre los cielos”; el espacio entre el océano celestial y el último techo del universo pertenece a los benditos y el espacio entre la tierra y el cielo está habitado por los ángeles; finalmente, puesto que San Pablo ha dicho que todos los hombres fueron creados para vivir sobre “la faz de la tierra”, ¿cómo se podría vivir sobre el dorso, donde se supone que están los Antípodas? “Con este pasaje ante sus ojos, un cristiano no debería ni hablar de los Antípodas.”³

Menos aún debe ir hacia los Antípodas y ningún príncipe cristiano debe darle una embarcación para intentarlo. Por otra parte, un marino religioso ni siente deseos de hacerlo. Cosmas no encontraba, en lo más mínimo, que su mapa fuese absurdo. Sólo al pensar en su convicción absoluta de que éste era el mapa del universo, podemos llegar a comprender el temor que le hubiesen inspirado Magallanes, Peary o el aviador que corrió el riesgo de chocar con los ángeles y la bóveda celeste al volar en el aire a una altura de siete millas. De la misma manera, podremos comprender mejor la furia de las guerras y de la política si recordamos que casi todos los partidos creen, en forma absoluta, en la imagen que se hacen de la oposición y que toman por hechos, no los que en realidad lo son, sino los que suponen ser hechos. Como Hamlet, apuñalan a Polonio detrás de la cortina que cruje, creyendo que es el rey, y quizá como Hamlet agreguen:

“¡Y tú, miserable, temerario, entremetido, bobo, adiós!
Te había tomado por alguien más elevado; sufre tu muerte.”⁴

En general, el público conoce a los grandes hombres, aun durante su vida, a través de una personalidad ficticia. De ahí la parte de verdad que hay en el dicho: “Ningún hombre es un héroe para su criado”. Sólo una parte de verdad, ya que a menudo el criado, o el secretario privado, se encuentran presos también de la ficción. Los personajes de la realeza tienen, por supuesto, personalidades fabricadas. Pueden creer ellos mismos en el personaje público que encarnan o limitarse a que el chambelán dirija sus entradas en escena, pero siempre están compuestos de, por lo menos, dos seres distintos: un yo público y real, otro privado y humano. Más o menos todas las biografías de los grandes hombres se reducen a las historias de estos dos seres: el biógrafo oficial reproduce la vida pública, las memorias revelan la otra. El Lincoln de Charnwood, por ejemplo, es un retrato lleno de nobleza, no de un ser humano real y efectivo, sino de una figura épica, repleta de significado, que se mueve casi al mismo nivel que Eneas o San Jorge. El Hamilton de Oliver es una majestuosa abstracción, la escultura de una idea, “un ensayo de la unión americana”, como lo llama el mismo Oliver. Es un monumento solemne a la política del federalismo, pero apenas la biografía de una persona. A veces, cuando la gente cree revelar su vida interior no hace más que crearse una fachada. Los diarios de Repington y de Margot Asquith son tipos de autorretratos en los cuales el detalle íntimo constituye un indicio sumamente revelador de lo que los autores gustan pensar de ellos mismos.

Pero el tipo de retrato más interesante es el que nace espontáneamente en las mentes de la gente. Cuando subió al trono la reina Victoria, dice Lytton Strachey,⁵ “hubo una gran ola de entusiasmo en el público de afuera. Lo sentimental y lo novelesco se estaban poniendo de moda y el espectáculo de la niña reina, inocente y modesta, con cabellos rubios y mejillas rosadas, que atravesaba su capital, llenó los corazones de los espectadores de afecto y lealtad. Lo que más fuertemente impresionó a todos fue el contraste entre la reina Victoria y sus tíos. Los viejos desagradables, relajados, egoístas, testarudos y ridículos, con su eterna carga de deudas, confusiones y vergüenzas, habían desaparecido, como las nieves de invierno, y aquí, por fin, coronada y radiante, estaba la primavera”.

Jean de Pierrefeu⁶ vio en forma directa esta idolatría de los héroes, pues era oficial del estado mayor de Joffre en la época de su apogeo:

“Durante dos años, el mundo entero rindió un homenaje casi divino al vencedor del Marne. El encargado de los equipajes se doblaba realmente en dos, bajo el peso de las cajas, los paquetes y las cartas que le enviaban gentes desconocidas, en testimonio frenético de admiración. Creo que ningún comandante, fuera del general Joffre, ha podido hacerse una idea semejante de la gloria durante la guerra. Le enviaban cajas de bombones de las más grandes confiterías del mundo, cajones de champaña, vinos finos de todas las cosechas, fruta, caza, adornos, utensilios, ropa, artículos para fumar, tinteros, pisapapeles. Cada región mandaba su especialidad. El pintor enviaba su cuadro, el escultor su estatuita, la encantadora anciana la bufanda o las medias y el pastor, en su choza, tallaba una pipa especialmente para él. Todos los fabricantes del mundo hostile a los alemanes enviaban sus productos: La Habana sus cigarros, Portugal su oporto. Conocí a un peluquero que no encontró nada mejor que hacer un retrato del general utilizando el cabello de sus seres queridos; un calígrafo profesional tuvo la misma idea, pero los rasgos estaban formados por miles de frases cortas, escritas con letra minúscula, que cantaban las alabanzas del general. En cuanto a las cartas, las tenía de todas las caligrafías, de todos los países, en todos los dialectos: cartas afectuosas, agradecidas, desbordantes de cariño, llenas de adoración. Lo llamaban el salvador del mundo, el padre de su país, el agente de Dios, el bienhechor de la humanidad, etc..... Y no sólo los franceses, sino también los norteamericanos, argentinos, australianos, etc., etc... Miles de niños, sin que sus padres lo supieran, tomaban la pluma y le escribían para manifestarle su cariño: la mayoría lo llamaba Padre Nuestro. Estas efusiones, esta adoración, los suspiros de alivio que escapaban de miles de corazones ante la derrota del barbarismo, estaban impregnadas de una dolorosa agudeza. Para todas estas almas inocentes, Joffre era un San Jorge que aplasta al león. No hay duda de que encarnaba, en la conciencia de la humanidad, la victoria del bien sobre el mal, de la luz sobre las tinieblas.

“Dementes, bobos, locos a medias y locos del todo dirigieron sus mentes ensombrecidas hacia él, como quien mira a la razón misma. He leído una carta de una persona que vivía en Sydney, pidiendo al general que lo salvara de sus enemigos; otro, un neocelandés, le pidió que mandase unos soldados a la casa de un señor que le debía diez libras y se negaba a pagárselas.

“Finalmente, centenares de muchachas, venciendo la timidez característica del sexo, pidieron comprometerse con él, a escondidas de sus familias; otras deseaban tan sólo servirlo.”

Las victorias ganadas por su estado mayor y sus tropas, la desesperación de la guerra, los duelos individuales y la esperanza

de una futura victoria, todo esto combinado había creado la imagen idealizada de Joffre. Pero, además de la idolatría de los héroes, existe el exorcismo de los demonios, fabricados según el mismo mecanismo que encarna a los héroes. Si todo lo bueno provenía de Joffre, Foch, Wilson o Roosevelt, todo lo malo tenía su origen en el kaiser Guillermo, Lenin y Trotsky, quienes eran tan todopoderosos en el mal como lo eran los héroes en el bien. Para muchas mentes ingenuas y atemorizadas no había contratiempo político, huelga, obstáculo, muerte inexplicada o conflagración misteriosa en todo el mundo cuyas causas no se remontasen a estas fuentes personales de maldad.

3

El hecho de que todo el mundo concentre su atención sobre una personalidad simbólica es lo suficientemente raro como para que se lo encuentre extraordinario, y cada autor cita aquel caso preferido, para él sorprendente e incontestable. La vivisección de la guerra pone en evidencia dichos ejemplos, pero éstos no nacen de la nada. En una vida pública más normal, estas imágenes simbólicas influyen igualmente sobre el comportamiento, pero cada símbolo resulta menos concluyente por haber tantos otros que rivalizan con él. No sólo está cargado con menos sentimientos por representar a una parte de la población, sino que aun dentro de esa parte hay una supresión infinitamente menor de las diferencias individuales. En épocas de mediana seguridad, los símbolos de la opinión pública están sujetos a represiones, comparaciones y discusiones. Vienen y van, sirven de nexos, se olvidan, y nunca organizan del todo las emociones del grupo. Después de todo, queda tan sólo una actividad humana en la cual los pueblos llevan a cabo la unión sagrada: esto ocurre en esas frases intermedias de una guerra, cuando el temor, la pugnacidad y el odio han logrado dominar completamente al espíritu, ya sea para aplastar a los demás instintos que en él quedan, o bien para lograr su adhesión antes de que se canse.

En casi todos los demás momentos, y aun durante la guerra, cuando la lucha está paralizada, surge una gran cantidad de sentimientos, creando conflictos, opciones, hesitaciones y compromisos. Ya veremos más adelante que el simbolismo de la opinión pública lleva, en general, la marca de este interés oscilante. Pensemos, por ejemplo, en lo rápido que desapareció, después del armisticio, el símbolo precario de la Unión Aliada, que nunca llegó

a implantarse con éxito, y cómo, inmediatamente después, se derrumbaron las imágenes simbólicas que cada país se hacía de los demás: Gran Bretaña, defensora de la ley pública; Francia, vigía en la frontera de la libertad; Norteamérica, conductora de cruzadas. Pensemos además cómo se fue diluyendo dentro de cada nación, la imagen simbólica que tenía de sí misma, cuando, por conflictos de clase y partido y por ambiciones personales, se empezaron a remover cuestiones que habían sido postergadas; cómo cayeron las imágenes simbólicas de los líderes, Wilson, Clemenceau y Lloyd George, que cesaron de encarnar la esperanza humana y se volvieron tan sólo los negociadores y administradores de un mundo desilusionado.

No se trata de saber aquí si lamentamos este hecho como uno de los dulces males de la paz o si lo aplaudimos como un regreso a la cordura. Nuestra primera preocupación al tratar con ficciones y símbolos es olvidar sus valores en el orden social existente y pensar que son simplemente una parte importante de la maquinaria de la comunicación humana. Ahora bien, en cualquier sociedad que no se encierre por completo en sus propios intereses y que sea lo suficientemente reducida para que cada uno se entere a fondo de todo lo que ocurre, las ideas se refieren a sucesos lejanos y difíciles de comprender. La señorita Sherwin, en *Gopher Prairie*⁷, sabe que en Francia hay una guerra terrible y quiere imaginársela. No ha estado nunca en ese país y por cierto que nunca ha recorrido lo que, en ese momento, es el frente de batalla. Ha visto fotografías de soldados franceses y alemanes, pero le es imposible imaginar tres millones de hombres. Nadie, por otra parte, es capaz de imaginar tal cosa, y los profesionales ni intentan hacerlo. Cuando piensan en los soldados, lo hacen más bien en términos de divisiones. Pero la señorita Sherwin no tiene ningún acceso al universo de la tacticografía y si ha de pensar en la guerra, se aferra mentalmente a Joffre y al kaiser como si estuviesen comprometidos en el duelo personal. Si pudiésemos ver lo que ella ve con la mente, la estructura de esta imagen se parecería sin duda bastante a los grabados del siglo XVIII que representan al gran soldado: de pie, audaz y sereno, de estatura mayor que la real, con un nublado ejército de minúsculas figuras que se pierden en el paisaje de fondo. Parece que los grandes hombres también tienen en cuenta estas ilusiones. Jean de Pierrefeu relata la visita de un fotógrafo a Joffre. El general estaba “en su despacho burgués, frente a una mesa sin papeles a la cual se sentaba para firmar. De golpe notó que no había mapas en las paredes y como, según las ideas populares, no es posible concebir a un general sin mapas, se colocaron, para la foto, algunos que luego fueron retirados”.⁸

El único sentimiento que puede experimentar una persona sobre un hecho no vivido, es el sentimiento que despierta en ella la imagen mental que se hace del hecho. Por ello no podemos comprender verdaderamente los actos de los demás mientras no sepamos lo que ellos creen saber. He visto cómo una joven, criada en una ciudad minera de Pennsylvania, pasaba del más absoluto buen humor a un paroxismo de tristeza cuando un golpe de viento rompió uno de los vidrios de la ventana de la cocina. Durante horas estuvo desconsolada, sin que yo pudiera comprenderla. Cuando pudo hablar, explicó que si un vidrio se rompía eso significaba que un pariente cercano había muerto. La joven lloraba a su padre, de cuya casa había huido por el temor que le inspiraba. Por supuesto que el padre se encontraba bien vivo y una averiguación telegráfica nos lo confirmó poco después. Pero, hasta que llegó el telegrama, el vidrio roto fue para la joven un mensaje auténtico.

Sólo un hábil psiquiatra, mediante una investigación a fondo, podría demostrarnos la razón de esta actitud. Pero, hasta el observador más fortuito hubiese podido ver que la joven había sufrido una alucinación, y, terriblemente trastornada por sus problemas familiares, había creado una ficción pura a partir de un hecho externo, del recuerdo de una superstición, de un alborotado arrepentimiento y del miedo y cariño que sentía hacia su padre.

En estos casos la anormalidad es sólo una cuestión de intensidad. Cuando un secretario de Justicia, asustado por la explosión de una bomba en el umbral de su casa, se convence, al leer lecturas revolucionarias, que estallará una revolución el 1° de mayo de 1920, reconocemos, en gran parte, que actúa el mismo tipo de mecanismo. La guerra, claro está, proporcionó muchos ejemplos de este proceso: el caso fortuito, la imaginación creadora, el deseo de creer y, como resultado de estos tres elementos, la falsificación de la realidad que provocaba una reacción violenta e instintiva. Es evidente que, bajo ciertas condiciones, los hombres responden con la misma fuerza a las ficciones y a la realidad, y que en muchos casos contribuyen a crear aquellas ficciones a las cuales responden. Que arroje la primera piedra quien no pensó que el ejército ruso pasaría por Inglaterra en agosto de 1914, quien no aceptó cualquier relato de atrocidades sin pruebas directas, quien nunca creyó ver un ardid, un traidor, o un espía donde no lo había. Que arroje la primera piedra quien nunca anunció a los demás lo que había oído decir a alguien, no mejor informado que él, como si se tratase de la verdad real y profunda.

En todos estos ejemplos debemos notar, particularmente, un factor común: la inserción de un pseudoambiente entre el hombre y su ambiente real. El comportamiento del hombre responde

a ese pseudoambiente, pero, como es comportamiento *efectivo*, las consecuencias, si son actos, obran no en el pseudoambiente donde el comportamiento encuentra su estímulo, sino en el verdadero ambiente donde se desarrolla la acción. Si el comportamiento no es un acto práctico, sino lo que llamamos, aproximadamente, pensamiento y emoción, puede pasar mucho tiempo antes de que haya una ruptura notable en la textura del mundo ficticio. Pero cuando el estímulo del pseudohecho se resuelve en acción sobre las cosas o sobre las demás gentes, pronto surge la contradicción. Entonces uno tiene la sensación de golpearse la cabeza contra un muro de piedra, de estar aprendiendo por experiencia, de asistir a una tragedia de Herbert Spencer, el “Asesinato de una Bella Teoría por una Pandilla de Hechos Brutales”. En suma, la sensación molesta de una mala adaptación, ya que indudablemente, es el nivel de la vida social, lo que llamamos adaptación del hombre a su ambiente se lleva a cabo por intermedio de ficciones.

Por ficción no quiero decir mentira, sino representación del ambiente que, en mayor o menor grado, ha sido hecha por el hombre mismo. El campo abarcado por la ficción va desde la completa alucinación hasta el caso del científico que utiliza a sabiendas el modelo esquemático, o decide que la exactitud, más allá de un cierto número de decimales, carece de importancia en su problema particular. Una obra de ficción puede tener cualquier grado de fidelidad, y mientras se pueda tener en cuenta dicho grado, la ficción no es engañosa. La cultura humana es, en gran parte, selección, orden, planeamiento y estilización de lo que William James llamó: “las irradiaciones y los apaciguamientos fortuitos de nuestras ideas”⁹ Alterna con el uso de ficciones la exposición total a las mareas y contramareas de la sensación. No es ésta una verdadera alternación, ya que, por más refrescante que sea a veces mirar con ojos perfectamente inocentes, la inocencia no es una sabiduría por sí misma, si bien puede ser una fuente y también un correctivo de la sabiduría.

El verdadero ambiente es, en su conjunto, demasiado vasto, demasiado complejo y demasiado fugaz para el conocimiento directo. No estamos equipados para tratar con tanta sutileza, tanta variedad, tantas permutaciones y combinaciones. Y aunque debemos actuar en ese medio, tenemos que reconstruirlo sobre un molde más sencillo antes de poder manejarlo. Los hombres necesitan mapas del mundo para poder recorrerlo: la dificultad invariable es encontrar mapas en los cuales sus necesidades propias, o las de los demás, no los hayan impulsado a dibujar la costa de Bohemia.

El analista de la opinión pública debe comenzar por reconocer la relación triangular entre la escena de la acción, la representación humana de dicha escena y la respuesta del hombre a esa representación que se manifiesta en la escena de la acción. Vendría a ser una comedia sugerida a los actores por sus propias experiencias, pero cuya trama se desarrolla en la vida real de los actores y no sólo en sus papeles. El cinematógrafo acentúa, a menudo con gran habilidad, este doble drama de motivación interna y comportamiento externo. Dos hombres están discutiendo, ostensiblemente, por un dinero, pero la pasión que los anima resulta inexplicable. Luego la imagen se desvanece y nos muestran lo que uno y otro hombre ven mentalmente. Frente a frente, sentados a la mesa, discutían por dinero; pero, en el recuerdo, volvían a sus días de juventud cuando una chica lo dejó a uno de ellos para ir con el otro. El drama exterior ha sido explicado: el héroe no es codicioso, está enamorado.

Una escena no muy diferente fue representada en el Senado de los Estados Unidos. El 29 de septiembre de 1919 a la hora del desayuno, varios senadores leyeron un comunicado de prensa en el *Washington Post*, sobre el desembarco de la infantería de marina norteamericana en la costa dálmata. Decía el diario:

“HECHOS YA ESTABLECIDOS

“Parecen *confirmados* los siguientes hechos de importancia: las órdenes dadas al contralmirante Andrews, comandante de las fuerzas navales norteamericanas en el Adriático, provinieron del Almirantazgo Británico, por intermedio del Consejo de Guerra y del contralmirante Knapps, de Londres. No se solicitó la aprobación ni la desaprobación del Ministerio de Marina norteamericano...

“SIN EL CONOCIMIENTO DE DANIEL

“El señor Daniel admitió encontrarse en una posición algo particular cuando, al llegar aquí los cablegramas, se supo que las fuerzas sobre las cuales él tenía supuestamente un control exclusivo, estaban librando, ni más ni menos, un combate naval sin su conocimiento. Era evidente que el Almirantazgo Británico pudiese querer dar órdenes al contralmirante Andrews para actuar en nombre de Gran Bretaña y sus aliados, ya que la situación requería sacrificios de parte de alguna nación, si se quería frenar a los partidarios de D’Annunzio.

“Pero era también evidente que, *según el nuevo plan de la Liga de las Naciones, los extranjeros estarían en posición de dirigir las fuerzas de la marina norteamericana*, en casos de emergencia con o sin el consentimiento del Ministerio de Marina norteamericano...”, etc. (Subrayado por mí.)

El primer senador que hizo un comentario fue Knox, de Pennsylvania. Lleno de ira, reclama una investigación. En el caso de Brandegee, de Connecticut, quien habló después, la indignación ya ha estimulado la credulidad. Mientras Knox, indignado, deseaba saber si el comunicado era verídico, Brandegee, medio minuto más tarde, quiere saber lo que hubiese ocurrido si hubiesen matado a soldados norteamericanos. Knox, olvidando que ha hecho una pregunta, responde: si hubieran matado a soldados norteamericanos, habría guerra. El tono del debate es aún condicional. Continúa la sesión. McCormick, de Illinois, recuerda al Senado que la administración de Wilson es favorable a las guerras poco importantes y no autorizadas. Repite el dicho de Teodoro Roosevelt: “hacer la paz guerreando”. Más debate. Brandegee advierte que los soldados actuaron “según órdenes de un Consejo Supremo que celebraba sesiones en algún lado”, pero no puede recordar quién representaba a los Estados Unidos en ese cuerpo. La Constitución norteamericana desconoce dicho Consejo. Entonces, el señor New, de Indiana, presenta una resolución para solicitar los hechos verídicos.

Hasta allí los senadores aún admiten vagamente estar discutiendo un rumor. Como abogados, todavía recuerdan algunas de las formas, de la evidencia, pero como hombres de carne y hueso experimentan, desde ya, toda la indignación propia al hecho de que un gobierno extranjero haya dado órdenes a la marina norteamericana de hacer una guerra, sin el consentimiento del Congreso. Emocionalmente desean creerlo, porque son todos miembros del partido republicano y combaten a la Liga de las Naciones. Esto sacude al señor Hitchcock, de Nebraska, líder demócrata, quien defiende al Consejo Supremo por haber actuado con poderes de guerra. La paz aún no ha sido declarada y el atraso, según él, se debe a los republicanos; por lo tanto, la acción era necesaria y legal. Ambos lados aceptan ahora que el comunicado es verídico y las conclusiones que de él sacan son conclusiones de partido. Y, sin embargo, esta extraordinaria suposición se da en un debate donde se trata la investigación de la autenticidad de dicha suposición. Esto revela cuán difícil es, aun para abogados experimentados, suspender la reacción hasta saber los resultados. La reacción es instantánea: la ficción es tomada como verdad porque se la necesita con urgencia.

Días más tarde, un comunicado oficial mostró que los infantes de marina no habían desembarcado por orden del gobierno británico ni del Consejo Supremo. No habían luchado contra los italianos; a pedido del gobierno italiano habían desembarcado para protegerlos, y las autoridades italianas habían agradecido al comandante norteamericano. La marina norteamericana no estaba en guerra contra Italia, simplemente había actuado de acuerdo con una práctica internacional establecida, que nada tenía que ver con la Liga de las Naciones.

La escena de la acción fue el Adriático. La imagen mental que se hicieron los senadores en Washington de esta escena les fue inspirada, probablemente con intenciones de engaño, por un hombre a quien nada le importaba el Adriático, pero sí mucho derrotar a la Liga. A esta imagen respondió el Senado con una ratificación de las diferencias partidarias sobre la Liga.

5

No es necesario decidir en este caso particular si el Senado se encontraba por encima o por debajo de su estado normal; ni tampoco si se puede comparar al Senado favorablemente con el Parlamento británico, ni con otros parlamentos. En este momento, sólo quiero considerar el espectáculo, aplicable a todo el mundo, de unos hombres que actúan sobre su ambiente, impulsados por estímulos de sus pseudoambientes. Cuando se hacen concesiones para los casos de fraude deliberado, la ciencia política debiera aun explicar hechos tales como el de dos naciones que se atacan mutuamente, convencida cada una de ellas de que está actuando en defensa propia, o el de dos clases que luchan entre sí, segura cada una de que lo hace en representación del interés común. Podríamos decir que viven en mundos diferentes, o, para ser más exactos, que viven en el mismo mundo, pero piensan y sienten en mundos diferentes.

A estos mundos especiales, a estas creaciones que nacen del individuo, del grupo, de la clase, de la región, de la ocupación, de la nación o de las sectas, se adapta la humanidad de la Gran Sociedad. Resulta imposible describir lo variados y complejos que son, y, sin embargo, estas ficciones determinan una buena parte del comportamiento político de los hombres. Debemos figurarnos quizá cincuenta parlamentos soberanos, formados al menos por cien cuerpos legislativos; junto con ellos existen no menos de cincuenta jerarquías de asambleas provinciales y municipales y

todo esto, con sus órganos ejecutivos, administrativos y legislativos, constituye la autoridad formal sobre la Tierra. Pero esto apenas comienza a revelarnos la complejidad de la vida política, ya que, en cada uno de estos incontables centros de autoridad, hay partidos, que forman a su vez jerarquías arraigadas en clases, secciones, pandillas y clanes, y dentro de estas últimas categorías hay políticos individuales, cada uno centro de una red de conexiones, recuerdos, miedos y esperanzas.

De alguna manera, y en general por razones necesariamente oscuras, estos cuerpos políticos, tras compromisos, cabildos y dominaciones, dan órdenes que movilizan ejércitos o forjan la paz, que reclutan vidas, cobran impuestos, destierran y encarcelan, protegen la propiedad o la confiscan, alientan ciertas empresas, desalientan otras, facilitan o dificultan la inmigración, mejoran la comunicación o la censuran, fundan escuelas, construyen armadas, proclaman “programas políticos” y “destinos”, levantan barreras económicas, construyen o destruyen propiedades, someten, un pueblo al gobierno de otro, o favorecen una clase a expensas de otra. Para cada una de estas decisiones se tiene por concluyente una cierta visión de los hechos, se acepta una cierta visión de las circunstancias como base de ilación y como estímulo del sentimiento. ¿Cuál es esa visión de los hechos, y por qué se ha elegido precisamente ésa?

Sin embargo, ni aun esto comienza a disipar la complejidad. La estructura política antes mencionada se da en un ambiente social donde existen incontables corporaciones e instituciones numerosas o reducidas, asociaciones voluntarias o semivoluntarias, agrupaciones nacionales, provinciales, urbanas o vecinales, que toman, la mayoría de las veces, aquellas decisiones que registra el cuerpo político. ¿Sobre qué se basan estas decisiones?

“La sociedad moderna”, dice Chesterton, “es intrínsecamente insegura porque se basa en la noción de que todos los hombres harán la misma cosa por motivos diferentes... Y que, mientras en la mente de un condenado está el infierno de un crimen solitario, en la casa o bajo el sombrero de cualquier empleado suburbano estará el limbo de una filosofía muy distinta. Supongamos que un primer nombre sea completamente materialista y que sienta que su propia mente es una fabricación de la horrible máquina de su cuerpo. Quizá hasta escuche sus pensamientos como el pesado tictac de un reloj. Su vecino podrá ser un adepto a la Ciencia Cristiana que considere su cuerpo como algo casi menos sustancial que su propia sombra. Podrá llegar casi a creer que sus propios brazos y piernas son ilusiones, como las serpientes movilizadas en el sueño de *delirium tremens*. Puede que un tercer vecino no sea un adepto a esta secta, sino, por lo contrario, un cristiano.

Vivirá un cuento de hadas, como dirían sus vecinos un cuento de hadas misterioso pero solido, lleno de caras y presencias de amigos extraterrenos. El cuarto hombre puede ser teósofo, y, con toda probabilidad, vegetariano. Y no veo por qué no puedo darme el gusto de imaginarme el quinto como un adorador del diablo... Sea o no valiosa una variedad semejante, la unidad que resalta carece de solidez. Pretender que todos los hombres de todos los tiempos seguirán pensando cosas diferentes y que, sin embargo, harán las mismas cosas, es una especulación dudosa. Sería fundar una sociedad no sobre la base de una comunión, ni aun de una convención, sino de una coincidencia. Cuatro hombres pueden reunirse bajo un mismo farol; uno para pintarlo de color verde cotorra, participando así en la gran reforma municipal; otro, para leer su breviario bajo la luz; el tercero, para abrazarlo con casual apasionamiento, en un arranque de entusiasmo alcohólico, y, el último, tan sólo porque el farol verde cotorra es un punto de referencia visible para citarse con su novia. Pero sería imprudente esperar que esto ocurra todas las noches...”¹⁰

Reemplacemos a los cuatro hombres alrededor del farol por los gobiernos, partidos, corporaciones, sociedades, grupos sociales, oficios y profesiones, universidades, sectas y nacionalidades del mundo. Pensemos en el legislador que vota un estatuto que afectará a pueblos lejanos, en el estadista que llega a una decisión, en la Conferencia de la Paz que reconstituye las fronteras de Europa, en el embajador ante un país extranjero que trata de discernir entre las intenciones de su propio gobierno y las del gobierno extranjero, en un agente que se ocupa de una concesión en un país subdesarrollado, en un editor que reclama una guerra, en un sacerdote que pide a la policía que controle las diversiones, en los miembros de un club que discuten en el salón sobre una huelga, en una asociación femenina que se dispone a arreglar el sistema escolar, en los nueve jueces que deciden si la legislatura de Oregón puede establecer horarios de trabajo para las mujeres, en una reunión de gabinete para decidir si se reconoce a un gobierno, en una asamblea de partido para elegir candidato y fijar una plataforma, en veintisiete millones de electores que echan la boleta en la urna, en un irlandés de Cork que piensa en un irlandés de Belfast, en una Tercera Internacional que piensa reconstruir totalmente la sociedad humana, en una junta de directores ante una lista de demandas de sus empleados, en un joven que elige una carrera, en un comerciante que calcula la oferta y la demanda para la temporada venidera, en un especulador que predice el curso del mercado, en un banquero que decide si debe dar crédito a una nueva empresa, en el que redacta los avisos publicitarios, en el que los lee... Pensemos en los diferentes tipos de

norteamericanos cuando examinan sus propios conceptos sobre “el Imperio Británico” “Francia”, “Rusia” o “México”. No hay tanta diferencia con los cuatro hombres de Chesterton junto al farol verde cotorra.

6

Por lo tanto, antes de complicarnos con la selva de sombras formada por las diferencias congénitas de los hombres, haremos bien en fijar la atención, sobre las enormes diferencias entre las concepciones humanas del mundo.¹¹ No dudo de que haya diferencias biológicas importantes: desde el momento en que el hombre es un animal, sería extraño que no las hubiera. Pero, como seres racionales, sería más que superficial empezar a generalizar sobre los comportamientos comparativos, mientras no haya una semejanza mensurable entre los medios a los cuales responden esos comportamientos. El valor pragmático de esta idea, es el de introducir un sutil matiz en la vieja controversia sobre naturaleza y nutrición, cualidad ingénita y medio ambiente, pues el pseudoambiente es un compuesto híbrido de “naturaleza humana” y de “condiciones”. A mi entender, esto demuestra la inutilidad de discurrir sobre lo que es y siempre será el hombre, partiendo de lo que le vemos hacer, o sobre aquellas condiciones que son necesarias en la sociedad, ya que no sabemos cómo se comportarían los hombres si respondiesen a los hechos de la Gran Sociedad. Todo lo que sabemos en realidad es cómo se comportan cuando responden a lo que razonablemente podemos llamar una imagen muy inadecuada de la Gran Sociedad. Partiendo de esta evidencia, no se puede sacar ninguna conclusión honesta sobre el hombre ni sobre la Gran Sociedad.

Será ésa, por lo tanto, la clave de nuestra encuesta. Supondremos que lo que hace cada hombre no se basa en el conocimiento directo y seguro, sino en las imágenes hechas por él mismo o que le han sido dadas. Si su atlas le dice que la Tierra es plana, no navegará cerca de lo que él cree que es el borde de nuestro planeta, por miedo a caerse; si en sus mapas figura una fuente de Juvencia, saldrá un Ponce de León a buscarla; si alguien desentierra un polvo amarillo que parece oro, se comportará durante un tiempo como si hubiese encontrado oro. La manera como imaginan el mundo determina en todo momento lo que harán los hombres. No determina lo que lograrán hacer: determina su esfuerzo, sus sentimientos, sus esperanzas, pero no sus éxitos y resultados. Los hombres que proclaman con mayor fuerza su “materialismo” y su

desprecio por los “ideólogos”, los comunistas marxistas, ¿en qué ponen su esperanza? En la formación, mediante la propaganda, de un grupo con conciencia de clase. Pero, ¿qué es la propaganda, sino el esfuerzo de modificar la imagen a la cual responden los hombres, de sustituir un molde social por otro? ¿Qué es la conciencia de clases sino una manera de tomar conciencia del mundo? ¿Y qué la conciencia de especie, del profesor Giddings, sino un proceso de creer que reconocemos en la muchedumbre a algunos seres marcados como pertenecientes a nuestra especie?

Intentemos explicar la vida social diciendo que es la persecución del placer y la prevención, del dolor. Pronto diremos que el hedonista asume la cuestión sin pruebas, puesto que aun suponiendo que el hombre persiga estos fines, el problema decisivo de la razón por la cual cree que seguir un curso dado le proporcionará más placer que seguir otro, está aún por resolver. ¿Explica el problema el decir que la conciencia del hombre es su guía? Entonces, ¿por qué tiene la conciencia particular que tiene? ¿La teoría del interés propio? Pero, ¿cómo conciben los hombres su propio interés en un sentido y no en otro? ¿El deseo de seguridad, de prestigio, de poder o de una vaga realización de sí mismo? Pero ¿cómo conciben los hombres su seguridad, qué consideran prestigio, cómo entienden los medios de llegar al poder y cuál es esa noción de ser que desean realizar? Placer, dolor, conciencia, adquisición, protección, aumento de valor, dominio, he ahí algunos nombres que, sin duda, podemos dar a las maneras de comportarse de la gente. Puede que haya disposiciones instintivas que contribuyan a esos fines, pero no basta nombrar el fin, ni describir la tendencia a obtenerlo, para explicar el comportamiento que resulta. El mero hecho de que los hombres teoricen es la prueba de que sus pseudoambientes, sus imágenes interiores del mundo, son elementos determinantes del pensamiento, el sentimiento y la acción; si la relación entre la realidad y la reacción humana fuese directa e inmediata, en cambio de indirecta y deducida, no se conocerían la indecisión y el fracaso, y (si cada uno de nosotros cupiese en el mundo tan cómodamente como el niño en la matriz) Bernard Shaw no hubiese podido decir que ningún ser humano se las arregla tan bien como una planta, salvo durante los primeros nueve meses de su vida.

La gran dificultad de adaptar el planteo psicoanalítico al pensamiento político surge de esta relación. Los freudismos se preocupan por la inadaptación de individuos determinados frente a otros individuos y a situaciones concretas. Han supuesto que, si los desarreglos internos se pudiesen solucionar, no habría casi confusión en la relación normal y evidente. Pero la opinión pública trata con hechos indirectos, invisibles y enmarañados, en los

cuales nada es evidente. Las situaciones a las cuales se refiere, se conocen sólo como opiniones. El psicoanalista, en cambio, pretende casi siempre que es posible conocer el ambiente y que, si no es conocible, es por lo menos soportable, para cualquier inteligencia despojada. De esta suposición surge el problema de la opinión pública. En lugar de dar por aceptado aquel ambiente que se conoce fácilmente, el analista social se preocupa más por estudiar la concepción de un ambiente político más amplio. El psicoanalista estudia la adaptación al elemento X, que él llama ambiente; el analista social estudia el elemento X, pero lo llama pseudoambiente.

Por supuesto que está permanentemente en deuda con la nueva psicología, no sólo por lo mucho que ayuda a la gente a desempeñarse por sí sola, cuando está bien aplicada, sino porque el estudio de los sueños, la fantasía y la racionalización han aclarado el proceso de formación del pseudoambiente, pero no puede asumir como criterio suyo lo que se llama “una carrera biológica normal”¹² dentro del orden social existente, ni una carrera “liberada de la opresión religiosa y de las convenciones dogmáticas”¹³ fuera de ese orden. Pues, ¿qué es, para un sociólogo, una carrera social normal o una carrera libre de opresiones y convenciones? Los críticos conservadores asumen, claro está, la primera idea y, los románticos, la segunda. Pero, al asumirlas, dan por aceptado al mundo entero. Dicen, efectivamente, o bien que la sociedad corresponde a la idea que ellos se hacen de la normalidad, o bien que corresponde a la idea de libertad. Ambas ideas no son más que opiniones públicas, y mientras que el psicoanalista, como médico, pueda quizá asumirlas, el sociólogo no puede tomar el producto de la opinión pública existente como criterio para estudiar la opinión pública.

7

El mundo con el cual debemos tratar políticamente se encuentra fuera del alcance de la vista y de la mente. Debe ser explorado, divulgado e imaginado. El hombre no es ningún dios aristotélico que abarca toda la vida de un vistazo, sino la criatura de una evolución, y apenas puede abarcar la porción de realidad suficiente para poder sobrevivir, arrebatando lo que en la escala del tiempo no son más que unos minutos de discernimiento y felicidad. Sin embargo, esta misma criatura ha inventado maneras de ver lo que es imposible ver a simple vista, de oír lo que ningún oído puede oír, de pesar masas inmensas o infinitesimales, de con-

tar y separar más elementos de los que puede recordar individualmente. Está aprendiendo a ver con la mente vastos sectores del mundo que antes no podía ver, tocar, oler, oír o recordar. Poco a poco se hace una imagen mental fidedigna del mundo que no alcanza.

Llamamos, en general, asuntos públicos a aquellos rasgos del mundo exterior que tienen algo que ver con el comportamiento de otros seres humanos, en la medida en que ese comportamiento se cruza con el nuestro, depende de nosotros o nos resulta interesante. Las imágenes mentales de estos seres humanos, las imágenes de ellos mismos, de los demás, de sus necesidades, propósitos y relaciones, constituyen sus opiniones públicas. Aquellas imágenes, influidas por grupos de personas o por individuos que actúan en nombre de grupos, constituyen la Opinión Pública, con mayúscula. Así, en los siguientes capítulos, averiguaremos primero algunas de las razones por las cuales la imagen mental engaña tan a menudo a los hombres en su relación con el mundo exterior. Bajo este encabezamiento consideraremos primero los factores principales que limitan el acceso a los hechos, a saber: la censura artificial, los contactos sociales limitados, el tiempo relativamente reducido del cual se dispone diariamente para atender a los asuntos públicos, la tergiversación que surge de que los hechos deban ser abreviados en mensajes muy cortos, la dificultad de expresar un mundo complicado con un vocabulario reducido, y, finalmente, el temor de afrontar aquellos hechos que parecerían amenazar la rutina establecida de la vida humana.

Luego de estas limitaciones más o menos externas, pasaremos a analizar en qué forma este desfile de mensajes del mundo exterior se encuentra afectado por las imágenes almacenadas, las concepciones previas y los prejuicios que interpretan y clasifican estos mensajes, dirigen el movimiento de nuestra atención y aun nuestra visión. De allí pasamos a examinar cómo, en cada persona, los limitados mensajes del mundo exterior, formando un molde estereotipado, se identifican en cada individuo con sus propios intereses, tal como él los siente y concibe. En las secciones que siguen, examinamos de qué manera se cristalizan las opiniones formando lo que se llama la Opinión Pública, cómo se forma una Voluntad Nacional, una mentalidad de grupo, un propósito social o lo que sea.

Las cinco primeras partes constituyen el sector descriptivo del libro. Sigue luego un análisis de la tradicional teoría democrática de la opinión pública. La sustancia del razonamiento es que la democracia, en su forma original, nunca afrontó seriamente el problema de que las imágenes mentales de la gente no coincidiesen automáticamente con el mundo exterior. Luego, pues-

to que la teoría democrática está sometida a la crítica de los pensadores socialistas, viene un examen de aquellos juicios críticos más avanzados y más coherentes, tales como los formulados por los miembros de la Liga Inglesa de Socialistas. Es mi propósito averiguar si estos reformistas tienen en cuenta las principales dificultades de la opinión pública, y llego a la conclusión de que las ignoran tan completamente como los demócratas, porque ellos también aceptan, y en un mundo mucho más complicado, que de alguna misteriosa manera existe en los corazones de los hombres un conocimiento del mundo exterior.

Yo sostengo que el gobierno representativo, tanto en lo que comúnmente se llama política como en la industria, no puede funcionar con éxito, cualesquiera sean las bases de la elección, si no hay una organización experta e independiente que haga inteligibles los hechos ocultos para aquellos que toman las decisiones. Por lo tanto, intento argumentar que sólo aceptando seriamente el principio de que la representación personal debe ser suplida por la representación de los hechos ocultos, se podría llegar a una descentralización satisfactoria y escaparíamos a la intolerable e inútil ficción de que cada uno de nosotros debe adquirir una opinión competente sobre todos los asuntos públicos. Mantengo que el problema de la prensa es confuso porque los críticos y apologistas esperan que ella lleve a cabo esa ficción, compensando todo lo que no estaba previsto en la teoría de la democracia, y los lectores esperan que este milagro se cumpla sin ocasionarles gasto ni molestia. Las personas democráticas ven en los periódicos las panaceas para sus defectos, mientras que el análisis de la índole de las informaciones y del fundamento económico del periodismo parecería mostrar que los periódicos, necesaria e inevitablemente, reflejan, y, por ende, de mayor o menor manera intensifican, la organización defectuosa de la opinión pública. Concluyo que las opiniones públicas deben organizarse para la prensa, si se quiere que sean sólidas, y no ser organizadas por la prensa como ocurre actualmente. Concibo que esta organización será, en primera instancia, la tarea de una ciencia política que habrá ganado su verdadero lugar de expositora que se adelanta a la decisión efectiva, en vez de ser apologista, crítica o relatora, después que la decisión ha sido tomada. Trato de demostrar cómo las perplejidades del gobierno y la industria conspiran para dar a la ciencia política esta enorme oportunidad de enriquecerse y servir al público, y por supuesto que espero que estas páginas ayuden a algunos a tomar más plenamente conciencia de esta oportunidad y, por lo tanto, a dedicarse a ella más profundamente.